

NICHOLAS SHAXSON

LAS ISLAS DEL TESORO

*Los paraísos fiscales y los hombres
que se robaron el mundo*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés, 2011
Primera edición en español, 2014

Shaxson, Nicholas

Las islas del tesoro : los paraísos fiscales y los hombres que se robaron el mundo . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2014.

514 p. ; 21x14 cm. - (Tezontle)

Traducido por: Lilia Mosconi
ISBN 978-987-719-005-2

1. Evasión Fiscal. 2. Economía Global. I. Mosconi, Lilia, trad.
II. Título

CDD 330

Diseño de tapa: Juan Pablo Fernández
Imagen de tapa: © Nerthuz

Título original: *Treasure Islands. Tax Havens and the Men Who Stole the World*

ISBN de la edición original: 978-0-099-54172-1

© 2011, Nicholas Shaxson

Primera publicación como *Treasure Islands* por Bodley Head, sello editorial de The Random House Group.

Nicholas Shaxson reivindica su derecho de ser identificado como el autor de esta obra.

D.R. © 2014, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-005-2

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prefacio. A fin de cuentas, es el precio inaceptable de la globalización</i>	13
<i>Prólogo. Cómo el colonialismo se fue por la puerta grande y volvió por una ventana lateral</i>	21
I. <i>Bienvenidos a ninguna parte. Una introducción al mundo extraterritorial</i>	31
II. <i>Técnicamente en el extranjero. Cobrar impuestos a los hermanos Vestey: más difícil que colar arroz con leche</i>	73
III. <i>El lucrativo escudo de la neutralidad. Suiza, la más antigua jurisdicción confidencial de Europa</i>	97
IV. <i>La antítesis del mundo extraterritorial. John Maynard Keynes y la lucha contra el capital financiero</i>	121
V. <i>Eurodólar: el verdadero big bang. Los mercados del eurodólar, los bancos y el gran escape</i>	147
VI. <i>El tejido de la telaraña. Cómo Gran Bretaña construyó su nuevo imperio de ultramar</i>	183
VII. <i>La caída de Estados Unidos. Cómo Estados Unidos aprendió a dejar atrás las preocupaciones y enamorarse de los negocios extraterritoriales</i>	215

VIII.	<i>Los profundos drenajes del desarrollo. Cómo perjudican los paraísos fiscales a los países pobres.....</i>	253
IX.	<i>El efecto de arrastre. Las raíces de la crisis.....</i>	285
X.	<i>La resistencia. En combate contra los guerreros ideológicos del mundo extraterritorial.....</i>	331
XI.	<i>La vida en el mundo extraterritorial. El factor humano.....</i>	369
XII.	<i>El Grifo. La Corporación de la City de Londres.....</i>	413
	<i>Conclusión. Recuperar nuestra cultura.....</i>	475
	<i>Índice de nombres y conceptos.....</i>	495

Para George, Oscar y Emma

Prefacio

A fin de cuentas, es el precio inaceptable de la globalización

LAS REVOLUCIONES triunfantes son una patada en una puerta podrida, dijo el economista John Kenneth Galbraith, y el éxito arrollador que tuvo la primera edición de este libro refleja el impresionante avance de la putrefacción. Hoy los paraísos fiscales* están en el corazón de la economía mundial, desde donde han extendido sus serpenteantes tentáculos, abriéndose camino hasta llegar prácticamente a todas partes.

Ya antes de que estallara la crisis financiera mundial en 2007, la mayoría de la gente tenía la inquietante sensación de que algo andaba muy mal en el mundo, pero casi nadie lograba identificar con exactitud el origen del problema. Al igual que muchos hoy en día, creo que las ideas subyacentes a este libro proporcionan nada más y nada menos que una lente completamente nueva a través de la cual observar el proyecto de la globalización en toda su gloria y en toda su

* Más adelante, el autor hace algunas observaciones sobre la traducción al español (y su equivalente en francés) del término *tax havens* (literalmente, “refugios fiscales”) como “paraísos fiscales”. Si bien hoy en día se está imponiendo la acepción —mucho más acertada y precisa— de “guaridas fiscales”, elegí usar el término “paraísos fiscales” en esta versión en español para poner de relieve el contraste entre la connotación inofensiva e incluso positiva del término, tal como se ha difundido durante décadas en nuestra lengua, con el significado real y más bien siniestro que se expone a lo largo del presente libro. Creo que esta decisión refleja mejor la intención del autor, ya que a fin de cuentas el término *tax haven* tiene en inglés una resonancia, si no francamente positiva como la de “paraísos fiscales”, al menos bastante neutra. [N. de la T.]

podredumbre. Hasta me atrevería a decir que nunca entenderemos adecuadamente la historia económica del mundo moderno si no comprendemos qué son y cómo funcionan los paraísos fiscales.

Las reseñas han sido sensacionales. Mi elogio predilecto fue uno que recibí en privado, luego de hablar ante una multitud hostil durante una conferencia sobre la banca extraterritorial u *offshore* que tuvo lugar en junio de 2011. Un conocido defensor de los paraísos fiscales me llevó aparte para confesarme que ellos habían abrigado la esperanza de que mi libro fuera superficial y estuviera plagado de errores, de modo tal que no resultara difícil atacarlo. “Nos ha decepcionado”, me dijo.

Ninguna de las innumerables reseñas puso en disputa los datos fácticos. Nadie ha refutado la afirmación de que Gran Bretaña está posada como una araña en el centro de una vasta telaraña internacional de paraísos fiscales, desde donde atrapa billones de dólares en forma de negocios y capitales provenientes de todo el mundo para encauzarlos hacia la City de Londres. Nadie niega la extremada peculiaridad de la Corporación de la City de Londres, esa antigua “isla extraterritorial” que, a la manera de una fortaleza, ha resistido las turbulencias de la historia británica a lo largo de siglos, protegiendo a los bancos con un paraguas casi invisible. Nadie niega que Estados Unidos se haya convertido en un gigantesco paraíso fiscal. A pesar de algunos vigorosos intentos, nadie ha logrado siquiera aproximarse a refutar la investigación o el análisis que pone en evidencia la vertiginosa escala del daño que han causado al mundo estas guaridas libertarias y elitistas, infestadas de delincuentes, que actúan como silenciosos arietes de la evasión fiscal y la desregulación financiera. Y a pesar de la interminable palabrería con que se llena de humo este tema en general, nadie ha intentado siquiera abrir alguna brecha en mi argumento según el cual los paraísos fiscales fueron un ingrediente medular de la crisis financiera mundial y se cuentan entre los mejores amigos de las grandes finanzas por siempre jamás.

Estos argumentos no dirán mucho a quienes siguen pensando que los paraísos fiscales son un par de islitas donde unos pocos mafiosos evaden impuestos. Pero una vez que se entiende qué son –y principalmente *dónde están*– los paraísos fiscales, el resto es una consecuencia natural. A medida que transcurría la historia mundial a lo largo del año pasado, todas las noticias fueron confirmando mi análisis.

A decir verdad, unos pocos comentaristas se han disgustado con este libro. Algunos lo encuentran demasiado polémico, escrito con demasiado encono. No tengo absolutamente nada de qué disculparme: este es un libro con una opinión, tal como corresponde. Un tal “señor Iracundo”,* de las islas Caimán, me denunció en la prensa local tildándome de “imbécil”, pero hasta el momento en que se escribía este prefacio no había atinado a responder a mi invitación a que explicara cuáles eran exactamente los datos en los que yo me había equivocado. En el último capítulo había tres o cuatro detalles relativamente importantes sobre la City de Londres que se revelaron erróneos en mi subsecuente investigación. Pido disculpas por ello y ya los he rectificado, pero lo cierto es que esos errores no hacen mella en mi relato ni en mis argumentos.

Otros aseveran que los paraísos fiscales son buenos porque contribuyen a facilitar el flujo de inversiones en todo el mundo, obligan a reducir los impuestos o ayudan a personas y empresas a no pagar impuestos dos veces por las mismas rentas. Es posible debatir sobre estos puntos, pero lo crucial aquí es que la extrema vastedad del daño que nos ha infligido el sistema extraterritorial, supuestamente en nombre de estos objetivos, supera por amplísima magnitud –o por varias magnitudes– cualquier beneficio que se invoque.

Hay una crítica que vale la pena destacar: la que publicó Peter Preston en *The Guardian*. De acuerdo con Preston, *Las islas del tesoro* revela “una manera de hacer negocios que nadie –desde

* En el original, Mr. Angry. [N. de la T.]

WikiLeaks hasta el Despacho Oval— puede reformar o remplazar, porque nadie tiene la determinación ni los medios para hacerlo; porque (literalmente) no hay alternativa”. En lo concerniente a resolver los problemas planteados aquí, Preston dice “sigan soñando”.

Es el argumento de la resignación. Y es aquí donde las cosas se ponen interesantes.

En un sentido, este argumento tiene algo de razón. Hay crecientes fuerzas económicas que presionan para introducir el sistema extraterritorial u *offshore* a cada vez mayor profundidad en nuestras economías supuestamente territoriales u *onshore*. Justo cuando salía la primera edición de este libro, en enero de 2011, el gobierno británico avanzaba en la implementación de reformas al impuesto societario para alentar a las grandes corporaciones a trasladar inmensos lucros adicionales hacia paraísos fiscales extranjeros, en el marco de lo que el especialista Richard Brooks denomina “la transformación más drástica de la base imponible corporativa desde 1914”. Una consecuencia especialmente vil fue el acuerdo británico con Suiza, suscripto en agosto de 2011, mediante el cual el fisco del Reino Unido accede a una minúscula cantidad del impuesto sobre la renta que los evasores británicos esconden en cuentas secretas de Suiza a cambio de permitirles mantenerse en el anonimato, impunes y protegidos por tiempo indefinido. Estos episodios representan con exactitud el avance implacable de la economía extraterritorial que se predice en este libro. ¿Quién le opondrá resistencia? Hasta ahora no se ha producido un realineamiento político de grandes proporciones, a la medida de lo que sucedió tras la Gran Depresión, hace ochenta años. Lejos de combatir el sistema extraterritorial, el gobierno lo apaña. A pesar de todo lo que ocurrió desde 2007, seguimos siendo tan esclavos como siempre de los banqueros y los paraísos fiscales.

Sin embargo, el argumento de la resignación en el fondo es falaz.

¿Así que jamás podremos cambiar la cultura? Lo cierto es que la cultura *ya* está cambiando, y a paso acelerado. Algunas de las

recomendaciones que enumero al final del presente libro ya están implementándose. La aparición del grupo UK Uncut [Reino Unido sin recortes] —uno de los grupos de protesta más sofisticados jamás vistos en Gran Bretaña— es señal de que el cambio cultural ya ha comenzado. Cualquiera sea la opinión que se tenga sobre los métodos de UK Uncut, es innegable que gracias a esta iniciativa han salido a las calles estudiantes, jubilados y empresarios que presentan argumentos complejos pero potentes sobre la tributación: abren los ojos de las corporaciones al horror con que una ciudadanía sometida a la austeridad contempla sus escapadas a los centros financieros extraterritoriales a costa de los contribuyentes. En 2011 se hizo pública una declaración que me pareció particularmente significativa: era un punzante ataque a las empresas zambullidas en el sistema extraterritorial, a las que se describía como “entidades que se han desprendido de la sociedad y flotan en el Atlántico, entrando y saliendo de los países según cuál sea el régimen impositivo”. Estas bienvenidas palabras no emanaron de organizaciones como UK Uncut o Tax Justice Network [Red de Justicia Fiscal], sino del presidente de GlaxoSmithKline, el gigante de los productos farmacéuticos. Hace cinco o diez años, en las conferencias sobre el sistema extraterritorial solo se hablaba del dinero que era posible hacer; en estos días se dedica mucho más tiempo a debatir sobre el acatamiento de las reglas. Si bien es cierto que todavía queda un larguísimo trecho por recorrer, ya podemos abrigar considerables esperanzas.

Otros llevan más lejos, por direcciones peligrosas, el argumento de la resignación. Dicen que en realidad es *bueno* rendirse ante las fuerzas del mundo extraterritorial: reducir los impuestos a los ricos y compensar la pérdida aumentando los impuestos a los pobres; distender más las regulaciones financieras o las leyes sobre el lavado de dinero y cosas por el estilo. Dicen que es aceptable o incluso conveniente devenir en una suerte de paraíso fiscal porque de este modo se atrae y se succiona el dinero de otros lugares. Robert Peston, de la BBC, en un artículo en el que elogia las últimas iniciativas

del gobierno británico en materia de impuesto societario, en el marco del “avance implacable del sistema *offshore*”, asegura que “a fin de cuentas es el precio de la globalización”.¹

He ahí una de las grandes falacias sobre el sistema extraterritorial. Decir que algo es bueno porque es difícil de vencer no es un argumento en absoluto; por el contrario, es una razón más para intensificar la lucha. Si nos rendimos a las fuerzas hostiles sin siquiera presentar batalla, ¿en qué nos hemos convertido? ¿Este el precio de la globalización? ¡*Menudo precio!* No, el sistema extraterritorial es el precio inaceptable de la globalización: el lado más oscuro y repugnante del capitalismo global. En el argumento de la resignación se ocultan las ganas de encogerse de hombros y decir “que se jodan los afectados”. Pero eso no es todo: cuando un país como Gran Bretaña empieza a parecerse cada vez más a un paraíso fiscal, el dinero que succiona *lo perjudica activamente*, no en menor medida por el inmenso poder e incontable dinero que ello inyecta en las grandes finanzas. Y hay mucho más aún, como podrán apreciar los lectores en las páginas que siguen.

La puerta está podrida. El discurso y la aceptabilidad social en relación con este tema –instancias que he seguido con atención– están experimentando un viraje. He ahí el gran prerrequisito del cambio real. Está llegando. En Estados Unidos acaban de proponer leyes que incluirían algunas de mis propuestas y en las salas del Congreso la batalla por imponerlas está en pleno desarrollo. Otros países consideran medidas similares. Hasta la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), ese club de países ricos y gran encubridor del secretismo financiero en todo el mundo, está comenzando a mostrar los primeros signos de coraje, aunque aún incipientes y tentativos. En el último par de años, algunos

¹ “Is Cameron Giving Companies the Mother of All Tax Breaks?”, disponible en línea: <http://www.bbc.co.uk/blogs/thereporters/robertpeston/2011/03/is_cameron_giving_companies_th.html>.

organismos no gubernamentales, sindicatos y grupos eclesiásticos han comenzado por fin a meterse con este tema y exigir justicia fiscal. En estos días se está realizando un importante filme documental, en parte inspirado en *Las islas del tesoro*.

De más está decir que muchas personas y organizaciones aún necesitan despabilarse para advertir la verdadera escala de los peligros que los paraísos fiscales representan para el mundo. ¿Dónde están los políticos británicos? Mientras escribo este prefacio, la BBC guarda un extraño silencio sobre el tema. Se contenta con enfocarse ocasionalmente en casos particulares de paraísos fiscales, pero casi nunca muestra el panorama completo: un mundo extraterritorial que se extiende por todo el planeta, con Gran Bretaña en su epicentro, sembrando daños al voleo en el país y en el mundo entero.

¿Acaso algunos se han tomado a pecho el argumento de la resignación? ¿Sienten miedo de algo? ¿O sencillamente se han dejado persuadir por los detractores de los argumentos expuestos en *Las islas del tesoro*?

Quizá crean que no hay peligros tan grandes que temer.

Quizás.

Pero el lector puede ahora verlo por sí mismo.

Nicholas Shaxson, agosto de 2011

Prólogo

Cómo el colonialismo se fue por la puerta grande y volvió por una ventana lateral

UNA NOCHE de septiembre de 1997, al regresar a mi casa del norte londinense, me encontré con que un hombre de acento francés me había dejado un mensaje en el contestador automático. El señor Autogue, tal como dijo llamarse, se había enterado por un editor del *Financial Times* de que yo planeaba viajar a la excolonia francesa de Gabón, en la costa occidental de África, y me ofrecía ayuda durante mi visita. Me dejaba un número telefónico de París. Muerto de curiosidad, le devolví el llamado a la mañana siguiente.

Apenas me proponía hacer un viaje periodístico de rutina a un pequeño país africano: no esperaba encontrarme con demasiadas cosas sobre las que escribir en esta excolonia escasamente poblada y rica en petróleo, pero como los periodistas angloparlantes casi nunca se aventuraban por esos lares, me agradaba la idea de tener el lugar prácticamente todo para mí. Cuando llegué a destino, descubrí que el señor Autogue había volado a Libreville (la capital de Gabón) junto a un asistente, en la primera clase de un avión de Air France, con habitaciones reservadas por una semana en el hotel más caro de la ciudad, y el único propósito que lo había movido a viajar, tal como me explicó este señor alegremente, era el de brindarme ayuda.

Yo había pasado años observando los países africanos de la línea costera atlántica, desde Nigeria en el norte, pasando por Gabón, hasta Angola en el sur. Había vivido en ellos y escrito sobre ellos.

Esta región provee casi un sexto de las importaciones petroleras estadounidenses¹ y aproximadamente la misma proporción de las chinas, pero su barniz de inmensa riqueza encubre una terrible pobreza, una espantosa desigualdad e innumerables conflictos. Los periodistas suelen toparse con la pista de los grandes temas en lugares extraños y peligrosos; inesperadamente, yo encontré el contenido para mi artículo en la propia Libreville, en una serie de reuniones amables, aunque un poco inquietantes. ¿Quería compartir un almuerzo con el ministro de Finanzas? Ningún problema. *Monsieur* Autogue lo concertaba con un solo llamado telefónico. Tomé unos tragos en el *lobby* de un hotel con el poderoso ministro de Asuntos Exteriores, un hombre hijo de padre chino y madre gabonesa, llamado Jean Ping, quien más tarde presidiría una sesión de la Asamblea Nacional de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Ping me concedió todo el tiempo que necesitara para mi entrevista y preguntó gentilmente por mi familia. Poco después, el ministro a cargo del petróleo me palmeó la espalda mientras me ofrecía en broma un pozo petrolero; luego retiró la propuesta diciendo: “No, estas cosas son solo para *les grands*... la gente importante”.

Pasé una semana deambulando por una burbuja, sin alejarme nunca a más de doscientos metros de la abyecta pobreza africana que asolaba las calles de Libreville. El estimable señor Autogue me abrió las puertas de una zona de esplendores inmersos en aire acondicionado: me ponía en el primer lugar de las colas para ver a los poderosos, que siempre se mostraban complacidos de verme. Resultaba fácil pasar por alto la extrañeza de ese mundo privilegiado y paralelo, apuntalado por la amenaza tácita de usar la fuerza contra cualquiera que intentara trastornar la burbuja desde el interior o desde el exterior, pero el empeño del señor Autogue en mantener mi agenda llena me determinó a averiguar qué era lo que trataba de ocultarme. Y era nada menos que el “*affaire Elf*”, nombre con el

¹ US Energy Information Administration (EIA).

que pasaría a conocimiento público más tarde, al estallar el escándalo en París.

El *affaire* Elf comenzó imperceptiblemente en 1994, cuando la corporación Fairchild, con sede en Estados Unidos, se trabó en disputa comercial con un industrial francés. La disputa detonó una pesquisa sobre la bolsa francesa en la que participó una jueza de investigación llamada Eva Joly. A diferencia de los sistemas acusatorios anglosajones, en los que la querrela litiga con la defensa para que luego el juez emita un fallo, el juez de investigación de Francia se asemeja más a un detective imparcial insertado entre ambas partes. El juez debe indagar en el caso hasta que se descubra la verdad. Cada vez que esta jueza nacida en Noruega investigaba algo, surgían nuevas pistas que la llevaban a ahondar sus sondeos. Joly no tardó en recibir amenazas de muerte: le enviaron por correo un ataúd en miniatura, y en una redada se encontró con una Smith & Wesson cargada apuntándole desde la puerta. Sin embargo, la jueza persistió y se sumaron otros magistrados, y a medida que se acumulaban las extraordinarias revelaciones comenzó a salir a la luz un gigantesco sistema de corrupción que vinculaba a la empresa petrolera Elf Aquitaine con altos dirigentes políticos franceses, los servicios de inteligencia de Francia y el corrupto mandatario de Gabón, Omar Bongo.

La historia de Bongo es una reproducción en miniatura de la descolonización francesa. Si bien los países que habían sido colonias de Francia obtuvieron una independencia formal, los antiguos amos encontraron maneras de permanecer en el control entre bambalinas. Gabón se independizó en 1960, justo cuando comenzaba a emerger como nueva y prometedora frontera petrolera africana, de modo que Francia le prestó especial atención. Se necesitaba un presidente adecuado: un auténtico líder africano que fuera carismático, fuerte, astuto y, cuando correspondiera, incondicionalmente profrancés. Omar Bongo era el candidato perfecto. Pertenecía a una diminuta minoría étnica y carecía de una base natural de apoyo en su país,

de modo que necesitaba la protección de Francia. En 1967, cuando tenía apenas 32 años, Bongo se convirtió en el presidente más joven del mundo mientras Francia emplazaba varios cientos de paracaidistas en un cuartel de Libreville que se conectaba con uno de los palacios gubernamentales por medio de túneles subterráneos. Este factor disuasivo contra los golpes de Estado demostró ser tan eficaz que, al momento de su muerte en 2009, Bongo había pasado a ser el líder con el mandato presidencial más prolongado del mundo. Un periodista local me sintetizó el asunto de la siguiente manera: “Los franceses salieron por la puerta grande y volvieron por una ventana lateral”.

A cambio del apoyo que le brindaba Francia, Bongo concedió a empresas francesas el acceso casi exclusivo a los minerales de su país, en términos altamente preferenciales. También pasó a ser el eje africano de una vasta y espeluznante red de corrupción mundial que vinculaba en secreto las industrias petroleras de excolonias africanas de Francia a la política hegemónica de la Francia metropolitana a través de Suiza, Luxemburgo y otros paraísos fiscales. Joly descubrió que algunos sectores de la industria petrolera gabonesa habían servido de gigantesco fondo para sobornos, a través del cual se ponían cientos de millones de dólares a disposición de las elites francesas. El sistema se había desarrollado de manera gradual, pero hacia la década de 1970 ya funcionaba como un mecanismo financiero secreto para el principal partido de la derecha francesa: *Rassemblement pour la République* (RPR).² Cuando el socialista François Mitterrand asumió la presidencia de Francia, en 1981, intentó introducirse en este cajero automático extraterritorial franco-africano instalando a Loïk le Floch-Prigent a la cabeza de la Elf para que hiciera el trabajo. Pero el hombre de Mitterrand tuvo la sensatez de no dejar afuera al RPR. “Le Floch sabía que habría

² Este episodio se detalla en Nicholas Shaxson, *Poisoned Wells. The Dirty Politics of African Oil*, Londres, Palgrave, 2007, caps. 4 y 5.

guerra si cortaba las redes que financiaban al RPR y a los servicios secretos”, escribieron Valérie Lecasble y Airy Routier en un libro de gran autoridad en la materia.³ “A la inversa, quedó claro que los líderes del RPR –Jacques Chirac y Charles Pasqua– no tenían problema en que los socialistas se llevaran parte de la torta, si esta se acrecentaba.”

Pero no se trataba de una mera cuestión de finanzas político-partidarias; las mayores corporaciones francesas también podían usar este caudal petrolero del oeste africano para pagar coimas desde Venezuela hasta Alemania y desde la isla de Jersey hasta Taiwán, cuidándose de que las pistas del dinero no condujeran hasta ellas. El dinero sucio de la Elf también aceitaba las ruedas de la diplomacia política y comercial francesa en todo el mundo. Un hombre me contó que una vez había llevado una maleta de dinero provisto por Omar Bongo para sobornar a un alto líder separatista del enclave angoleño de Cabinda, donde la Elf poseía un lucrativo contrato. El presidente Bongo, uno de los operadores políticos más inteligentes de su generación, se introdujo en las redes de la masonería francesa y en las sociedades secretas africanas por igual, hasta convertirse en uno de los principales traficantes de influencias en Francia. Él era el elemento clave en la capacidad de los líderes franceses para mantener a *les grands* –formadores de opinión y políticos de todo el continente africano y más allá– sujetos a la política francesa de relaciones exteriores en la era poscolonial. A medida que el sistema Elf se volvía más estrambótico, complejo y estratificado, fue ramificándose hacia la corrupción internacional hasta tal punto que Le Floch-Prigent describió a los servicios de inteligencia franceses –que también metían la cuchara a voluntad en el fondo para sobornos– como “un gran burdel donde ya nadie sabe quién está haciendo qué”.⁴

³ Valérie Lecasble y Airy Routier, *Forages en eau profonde*. París, Grasset, 1998.

⁴ *Ibid.*, p. 252.

Este sistema inmensamente poderoso, que ayudó a Francia a competir por encima de su categoría en la economía y la política de todo el planeta, prosperó en las brechas abiertas entre jurisdicciones: prosperó en el *offshore*, es decir, en el mundo extraterritorial.

Mi viaje a Gabón, a fines de 1997, tuvo lugar en un momento sumamente delicado. El 7 de noviembre, menos de una semana después de que yo partiera de Libreville, Christine Deviers-Joncour, una exmodelo de lencería, fue sentenciada a prisión en París y aun así siguió protegiendo los secretos de su amante Roland Dumas, ministro de Relaciones Exteriores de Mitterrand. Deviers-Joncour fue encarcelada por sospecha de fraude luego de que los jueces de investigación descubrieran que Elf Aquitaine le había pagado más de 6 millones de dólares para que ayudara a “persuadir” a Dumas —un altivo príncipe de la escena política parisina— de que hiciera ciertas cosas, en especial de que revirtiera su oposición pública a la venta de buques misileros *Thomson* a Taiwán. Con una tarjeta de crédito de la Elf, la mujer le había comprado regalos, incluido un par de zapatos abotinados hechos a mano en una tienda parisina tan exclusiva que su dueño ofrecía limpiar el calzado de los clientes con champaña una vez por año.

Nadie le agradeció a Deviers-Joncour por su discreción, de modo que los cinco meses y medio que la mujer pasó en la cárcel le dieron tiempo para reflexionar sobre el asunto. “Habría bastado con una flor, con una sola flor, incluso de remitente anónimo —explicó más tarde—. Yo habría sabido que me la mandaba Roland.”⁵ Al año siguiente, dejando atrás su silencio, Deviers-Joncour publicó un libro, *La Putain de la République*, que en Francia batió el récord de ventas.

Entonces, cuando llegué a Gabón en aquel momento tan delicado, la red de la Elf se habrá preguntado por qué un periodista inglés andaba metiendo las narices en Libreville. ¿Era realmente un

⁵ “*Scandale!* How Roland Dumas Got France Gossiping”, en *Independent*, 30 de enero de 2001.

periodista? No me asombra que el señor Autogue se hubiera interesado tanto por mí. Hace poco tiempo traté de localizarlo para hacerle algunas preguntas sobre la semana que pasamos juntos. Sus antiguos números telefónicos ya no funcionaban; varios expertos parisinos en asuntos africanos jamás habían oído hablar de él; las búsquedas en Internet no daban con él ni con la empresa que había dicho representar, y la única persona con ese apellido que figuraba en la guía telefónica francesa –tal como me informó su esposa con voz sorprendida desde un pueblito de Dordogne– nunca había estado en Gabón.

A consecuencia del escándalo, los políticos franceses declararon muerto y enterrado al sistema de la Elf Aquitaine, que desde entonces ha sido privatizada y ha atravesado una completa transformación: ahora forma parte del grupo Total. Pero la Elf no era la única jugadora en el corrupto sistema franco-africano. Uno podría preguntarse por qué el primer líder extranjero a quien llamó el presidente francés Nicolas Sarkozy luego de su asunción en 2007 no fue el presidente de Alemania, de Estados Unidos o de la Comisión Europea, sino Omar Bongo; o por qué esos soldados franceses todavía siguen en Gabón, aún conectados mediante túneles con el palacio presidencial, hoy habitado por el hijo de Bongo, el presidente Ali Bongo. Por muy muerto y enterrado que esté el sistema Elf, es probable que lo haya remplazado otra cosa. En enero de 2008, el ministro francés de Cooperación, Jean-Marie Bockel, se quejó de que la “ruptura” con el pasado corrupto “está tardando en llegar”. Fue despedido de inmediato.⁶

El sistema Elf formó parte del mundo extraterritorial y fue una de sus metáforas. Gabón no figura en ninguna lista publicada de paraísos fiscales, aun cuando haya brindado servicios secretos y corrup-

⁶ Véase Jean-Marie Bockel, “Je veux signer l’acte de décès de la Françafrique”, en *Le Monde*, 16 de enero de 2008.

tos a elites no residentes, que es un rasgo característico de los paraísos fiscales. Al igual que el sistema extraterritorial, el de la Elf era una especie de secreto a voces. Algunos franceses con buenas relaciones lo sabían todo sobre él, en tanto que muchas personas externas a esos círculos sabían que estaba ocurriendo algo importante pero en líneas generales lo ignoraban; casi nadie veía el panorama entero. Sin embargo, se trataba de un pantagruélico pulpo de corrupción que afectaba a la gente de a pie, tanto africana como francesa, de maneras muy profundas aunque en gran medida invisibles.

Todo estaba conectado a través de paraísos fiscales. Todos los registros documentales, tal como lo estaban descubriendo los magistrados durante mi estadía en Libreville, pasaban indefectiblemente por Gabón, Suiza, Liechtenstein, Jersey y algunos lugares más. Eva Joly admitió que ni siquiera ella alcanzaba a ver más que unos pocos fragmentos del cuadro entero. “Innumerables pistas se perdían en las arenas movedizas de los paraísos fiscales. Las cuentas personales de monarcas, presidentes electos de por vida y dictadores estaban protegidas contra la curiosidad de los magistrados. Me di cuenta de que ya no me enfrentaba a un asunto marginal sino a todo un sistema”, aseveró, refiriéndose tanto a la política francesa como al mundo *offshore*. “Ya no lo veo como una terrible y multifacética delincuencia que asedia a nuestra fortaleza en tierra firme. Lo que veo es un establecido y respetado sistema de poder que ha aceptado la corrupción en grande como una parte natural de sus asuntos diarios.”

Mucho antes de mi primera visita a Libreville, me había percatado de que manaban grandes cantidades de dinero desde África, pero el secretismo del mundo extraterritorial volvía imposible el rastreo de las conexiones. En algunos episodios particulares salían a la luz ciertos estudios jurídicos e instituciones financieras, que luego volvían a sumergirse en confusas tinieblas extraterritoriales, al amparo de la confidencialidad comercial y la discreción profesional. Cada vez que estallaba un escándalo, los papeles cruciales

que desempeñaban estos jugadores escapaban a cualquier escrutinio serio. De acuerdo con el relato dominante, los problemas de África derivaban de su cultura y de sus gobernantes, de las empresas petroleras o de la herencia que había dejado el colonialismo. Estaba claro que los proveedores del secretismo extraterritorial eran una pieza central de todos los dramas, pero resultaba muy difícil desentrañar la estafa y nadie mostraba demasiado interés en hacerlo.

Recién en 2005 comencé a atar algunos cabos. Estaba en una reunión con David Spencer, un abogado de Nueva York que antes había trabajado en Citicorp, hablando sobre transparencia en las finanzas públicas de las naciones petroleras del África Occidental. Spencer estaba entusiasmado con cuestiones que no figuraban para nada en mi agenda: reglas contables, intereses exentos de impuestos y manipulación de los precios de transferencia. Yo me preguntaba cuándo comenzaría a hablar sobre la corrupción en el África Occidental, hasta que por fin caí en la cuenta. Estados Unidos, mediante el ofrecimiento de incentivos fiscales, secreto y confidencialidad para atraer dinero desde el otro lado del océano, se había ido transformando en una suerte de paraíso fiscal.

El gobierno estadounidense necesita afluencia de fondos extranjeros y los atrae ofreciendo exenciones impositivas y confidencialidad. De acuerdo con la explicación de Spencer, este procedimiento había pasado a ser una pieza crucial en la estrategia global estadounidense, ya que hay mareas de capital financiero que fluyen y refluyen por el mundo en respuesta a pequeños cambios en ese tipo de incentivos. El problema no se reducía a que casi nadie entendiera esto, dijo Spencer: el problema era que casi nadie *quería* saber. Spencer contó que en una oportunidad había participado en un importante evento de las Naciones Unidas con el objetivo de esbozar algunos de estos principios básicos, y al finalizar su conferencia se le acercó un destacado negociador de Estados Unidos para advertirle que la iniciativa de echar luz sobre el tema en cuestión lo convertía en un “traidor a su país”.

En el Harvard Club comencé a percibir de qué manera se vinculaba el terrible costo humano de la pobreza y la desigualdad africanas a este mundo aparentemente impersonal de regulaciones contables y exenciones impositivas. Todos los desastres supuestamente naturales e inevitables del continente africano tenían una cosa en común: el movimiento de dinero que salía desde África hacia Europa y Estados Unidos, asistido por paraísos fiscales y un ejército de respetados banqueros, abogados y contadores vestidos con trajes impecables. Pero nadie quería mirar más allá de África para contemplar el sistema que había posibilitado todo esto.

El propio término “fuga de capitales”, si lo pensamos bien, coloca la responsabilidad en el país que pierde el dinero: es una forma más de culpar a la víctima. Sin embargo, cada fuga de capitales que salen de África debe corresponderse con una afluencia en algún otro lugar. ¿Quién investigaba esas afluencias? El sistema extraterritorial no era un mero aspecto exótico de los acontecimientos que yo estaba cubriendo. El sistema extraterritorial *era* el acontecimiento. Este sistema une a Libreville con París, a Luanda con Moscú, a Chipre con Londres, a Wall Street y Ciudad de México con las islas Caimán, a Washington con Riad. El sistema extraterritorial conecta al submundo criminal con la elite financiera, enlaza a los altos dirigentes de la diplomacia y los servicios de inteligencia con las firmas multinacionales. El sistema extraterritorial impulsa el conflicto, configura nuestras percepciones, crea inestabilidad financiera y entrega pasmosas recompensas a *les grands*, a la gente que importa. El sistema extraterritorial es el modo de funcionamiento del poder en la actualidad. He ahí lo que quiero revelar al lector en las páginas que siguen.

A raíz de impactantes denuncias lanzadas por líderes mundiales en 2008 y 2009, en algunas secciones de los medios internacionales se ha creado la impresión de que el sistema extraterritorial está desmantelado, o al menos convenientemente domado. Como veremos, ha ocurrido todo lo contrario. El *offshore* goza de obscena salud... y crece a toda marcha.